

FIESTA EN LATITUD CERO

Con el hermano país del Ecuador, compartimos una historia de unificación de pueblos libres del imperio español, nos une la memoria de una invasión atroz, desgarradora, que diezmó significativamente la población indígena, y con ella, la casi desaparición de la sabiduría de estos pueblos en relación con la madre tierra, dadora de recursos necesarios para la supervivencia y el convivir.

Ecuador es un país fascinante. Los colores de nuestras banderas, el amarillo, el azul y el rojo, se reflejan en sus tesoros naturales de inconmensurable belleza, que derivan en una acogedora mezcla de diversidad geográfica, en la que encontramos la sierra, con sus nevados y volcanes, algunos de ellos, con lagunas amarillas en su cráter; una llanura boscosa de exótica belleza y la enigmática selva tropical amazónica, en todo un indescriptible paraíso biodiverso.

Ecuador es un país multiétnico, plurinacional y multicultural. De ello da cuenta la presencia de nueve nacionalidades y pueblos indígenas, con asentamientos en la Costa, la Sierra y la Amazonia. Su herencia ancestral habla de la historia natural de los indígenas desde el periodo preincaico hasta nuestros días. Los pueblos indígenas tienen su propia visión del mundo, sus maneras de descifrar los fenómenos naturales y sociales, los misterios del universo, sus dioses, la vida, la cosecha, la sabiduría, la muerte y la ciencia. Es así como en la Sierra se asientan los kichwas de Tungurahua; en el Oriente los siona-secoya, cofanes, huaorani, shuar-achuar y los kichwas amazónicos, y en la Costa viven los chachis, tsachilas y awas, que conservan su lengua y acervo cultural.

Esta tierra es un mundo fascinante de leyendas, historias y mitos, que comienza con la magia de un pueblo que en sus costas convivió con los Valdivia, la primera cultura indígena conocida en América, que de ellos aprendieron que las conchas *Spondylus* eran las hijas del mar y Mamacocha su madre, y madre de todas las aguas; que el oro eran lágrimas de dios y que si lo usaban en manos, pies y pecho, él los protegería de la ira de la naturaleza. También se dice que los chamanes con sus cantos invocaban la sabiduría y la protección de los dioses, y que una forma de permanecer por siempre, era la veneración a los muertos y la alabanza a los astros. El reconocimiento al cosmos y agradecimiento a la naturaleza, quedó grabado en cuatro fiestas solemnes que aún se celebran en varias comunidades, ritos que integraron al hombre primitivo con la naturaleza, a las comunidades entre sí y a las comunidades con sus dioses.



Cuenta la historia que el cerro Itchimbía, hoy un observatorio y balcón turístico de Quito, fue un espacio sagrado que los Incas llamaron Intihuatana, y los Quito-Caras, Yata Pajtá; este fue centro ceremonial de íntima relación con el cosmos, en el que se adoraba el dios Sol; cuando Inti “descansaba”, se le amarraba para preservar luz y energía eternamente: desde su cosmovisión, conocieron los períodos productivos convenientes de la Pacha Mama, y desarrollaron un calendario lunar, cuyas fases las asociaron con la feminidad y los ciclos fértiles de las mujeres. Las comunidades indígenas de los Andes, no solo recibieron de los Incas el legado del conocimiento del sistema solar, sino también su sistema de festividades sagradas, en gratitud al Sol, a la Luna, a la Pachamama y la fiesta Mayor, de estrecha relación con el calendario Inca.

Buena parte de las ancestrales fiestas sagradas de las comunidades indígenas, han sido ligadas al santoral católico y mezcladas con las tradiciones de la época de la colonización. Esta usanza festiva, es el elemento cultural que más ha acercado a las comunidades y por las cuales se ha expandido la tradición oral, lo que ha coadyuvado a la conservación de su idiosincrasia.

Inti Raymi, o Fiesta Sagrada del Sol, es la más popular de las celebraciones y se cumple en el solsticio veraniego, en agradecimiento por la luz, las cosechas y la fecundidad de la Pachamama, que celebra el acercamiento de la tierra y el Sol. Esta tradición no se ha perdido y llama la atención de oriundos y extranjeros, por los cantos, los yumbos o disfraces, las danzas y pinturas corporales, y algunos rituales como el de la purificación de los hombres mientras las mujeres permanecen encerradas en sus casas. Los españoles la llamaron la fiesta de San Pedro de Bolívar.

En el Killa Koya Raymi o fiesta de la Luna y la feminidad, el propósito central es revitalizar lo femenino sagrado, para despertar en la mujer su conexión ancestral con la tierra y con la luna; así se honra a la diosa Killia, que significa fecundidad. Se celebra en el equinoccio de otoño, no solo en varias regiones ecuatorianas, sino también en varios pueblos indígenas de Colombia y Perú.

El encuentro del tiempo del florecimiento, se celebra en el equinoccio de primavera, para agradecer y compartir los productos que cada año les obsequia la Pachamama, es la fiesta del Pawkar Raymi, en la que también hacen honor al Agua y la vida. Esta festividad se vive en los pueblos y comunidades kichwas del norte andino ecuatoriano. La ceremonia central es el Tumarina, juego ritual milenario desde la cosmovisión indígena, que pretende buscar el equilibrio entre el ser humano y la Pachamama, empleando elementos como el agua y las flores para alcanzar la armonía deseada; tiene como protagonistas a las mujeres, los ancianos y los niños de la comunidad. Esta festividad tiene un gran valor cultural y se ha constituido



en un espacio que convoca al encuentro de las familias con los seres que por alguna razón han abandonado su comunidad.

Kapac Raymi o fiesta Mayor o Inti Raymi Menor, se celebra concluida la siembra del maíz, como fiesta última o de fin de año y es considerada como una de las fiestas más importantes y significativas del sistema religioso de los ancestros indígenas. Su ritual central consiste en el paso de los jóvenes incas hacia la asunción del poder y coincide con el clímax de los tiempos femeninos, por lo que también asumió el nombre de Pascua Femenina. Se celebra en diciembre, coincidiendo con el solsticio de invierno, la navidad y el nacimiento de Jesús.

Toda la riqueza cultural de Ecuador, se refleja en San Francisco de Quito, la ciudad capital de Ecuador, que debe su nombre a su santo patrón y a los indígenas Quitus; es una amalgama de arquitectura colonial y moderna, ubicada en el valle andino y cercada de grandes volcanes, con bellas calles y casas coloniales, en lo que llaman la Ciudad Vieja. Es la capital inmaterial de la cultura, heredada de los ancestros indígenas y de la postcolonización de los europeos. El esplendor natural de la ciudad, sus plazas, parques, monumentos, música, gastronomía, y situación geográfica privilegiada, se combinan armoniosamente y aportan en conjunto, una diversidad cultural que motivó a la UNESCO en 1978, a declararla "Patrimonio Cultural de la Humanidad".

De paso por la bella Quito, en agosto de 2015.

ANA MARTÍNEZ V.



Riobamba